

**FERNANDO DE HERRERA, «ALGUNAS OBRAS» Y OTROS POEMAS,
ed. y notas de María Teresa Ruestes Sisó. Estudio de Antonio Ramajo Caño. Ed.
y notas de los poemas latinos de José Solís de los Santos, Madrid, Real Academia
Española-Espasa, 2024, 960 pp.**

MANUEL CARBAJOSA AGUILERA
Universidad Pablo de Olavide

La Real Academia Española y la editorial Espasa publican, en el número cuarenta y uno de la colección Biblioteca Clásica, «*Algunas obras*» y otros poemas de Fernando de Herrera (1534-1597). La edición y las notas corresponden a María Teresa Ruestes Sisó; el estudio titulado «*Fernando de Herrera y su obra poética*», a Antonio Ramajo Caño; y la edición y traducción de los poemas latinos, a José Solís de los Santos. El volumen se estructura en dos bloques: el primero, con «*Algunas obras*» y otros poemas (pp. 1-272); y el segundo, con Estudio y Anexos (pp. 273-943), que incluye el trabajo del profesor Ramajo, el aparato crítico, las notas complementarias, la bibliografía, el índice de primeros versos, el de notas y una tabla-sumario.

El libro sigue la edición publicada en Sevilla en 1582, cuya descripción y contejo de los ejemplares conocidos se detalla en los capítulos «*Historia del texto*» (pp.

470-487) y «*Esta edición*» (pp. 487-493) del estudio de Ramajo. Se ha procedido también a compararla con la edición póstuma de 1619, lo que ha permitido revalorizar esta última en la línea de los más recientes estudios. En cualquier caso, este libro, denso, erudito y excelente, al más puro estilo herreriano, «[...] es el más hermoso desagravio por el latrocínio de sus originales que podemos hacer quienes nos alimentamos de su obra» (p. XII).

Como bien se indica en la Presentación (pp. IX-XII), Fernando de Herrera dispone sus noventa y una composiciones de *Algunas obras* (pp. 1-243) en torno a la elegía IV, distribuyendo equilibradamente los setenta y ocho sonetos, las otras seis elegías, las cinco canciones y la égloga venatoria. Aun cuando asoman motivos heroicos en las canciones y en algunos de los sonetos, el tema central es el quebranto amoroso, confiriéndole una estructura

anular (p. X). Para la edición se ha seguido una relectura ortográfica preferentemente conservadora, adaptando la «particular ortografía herreriana a las normas ortográficas actuales [...]» (p. 489). Respecto a *Otros poemas* (pp. 245-272), se incluye un romance, un poema a San Hermenegildo, cuatro sonetos y, en latín, un poema al conde de Gelves, un epígrama en alabanza a San Hermenegildo, uno laudatorio para *Hércules animoso*, de Juan de Mal Lara y otro elegíaco para *La Psyque*, también de Mal Lara. Destaca sobremanera la cuidada y densa información al pie de cada poema, que remite, para mayor ampliación, tanto a las entradas del aparato crítico, como a las notas complementarias, lo que supone no sólo un deleite para la erudición de los especialistas, sino que permite al lector general percibir un rico universo cultural como acicate de curiosidad.

El estudio de Antonio Ramajo, «*Fernando de Herrera y su obra poética*» (pp. 273-493), abre con el capítulo titulado «*Vida poética de Herrera*» (pp. 275-285), subrayando, al hilo de la biografía del poeta sevillano, y al igual que lo hiciera Begoña López Bueno para la bellísima edición de *Algunas obras* publicada por la Diputación de Sevilla en 1998, la idea según la cual «la poesía, aunque nutrida de vida, es, esencialmente, literatura» (p. 282), lo que invita a redimensionar su tormento entre los caminos del trasmundo y las riendas del recato: «Nuestro poeta, pues, propone discreción y veladuras al exponer intimidades» (p. 283). En «*La labor teórica de Herrera*» (pp. 286-305) se señala cómo su rebeldía contra la vulgaridad estética es fuente motivacional y directriz de *Anotaciones* a las obras de Garcilaso (1580) y *Algunas obras* (1582). Convencido de la excelencia

de la lengua española e insertándose en la corriente abierta por Nebrija, Herrera aboga por la autonomía y la prestancia de la lengua escrita sobre la hablada. Desde el punto de vista filológico, Ramajo califica *Anotaciones* como «obra de alta pedagogía» (p. 293), a la par que una invitación al cultivo con esmero de la lengua española. Sin embargo, la polémica que acarreó la obra, a pesar de la elegante respuesta del poeta sevillano, a prueba de ignorancias y descortesías, contribuyó a ahondar su natural retraimiento. Ramajo apunta que, al atenerse al equilibrio armonioso de *res* y *elegantia*, Herrera fija distancias con respecto a Góngora, que, en todo caso, forma parte de un tiempo nuevo (pp. 301-302). En «*La poesía de Fernando de Herrera*» (pp. 305-449), se analiza, pormenorizadamente y con la contrastada solidez referencial de sus estudiosos, la obra herreriana, resaltando de qué modo su *error de amor* lo ensimisma en un ejercicio alambicado de contención y rigor, de recato y de belleza, de idealización estética frente a los imperativos de un destino adverso. Bebiendo de las fuentes clásicas, Herrera purifica la relación de la claridad y la hondura del verso en la línea trazada por Petrarca (p. 310). Ramajo se detiene en analizar *Algunas obras* (pp. 341-401), afirmando que: «dos coordenadas vertebran el cancionero de nuestro poeta: por un lado, la angustiada conciencia del *error amoroso*, por cuanto el poeta, al haberse dejado seducir por una hermosura aparente, se siente embargado por una pasión que le engaña y le aparta de la verdad y del bien, aunque, como se verá, esa hermosura aparente será, con frecuencia, para el poeta, el reflejo de una hermosura más profunda y alta, en concepción neoplatónica de la existencia; por otro lado, el comportamiento persistentemente esquivo de la amada. Las

dos coordenadas, enlazadas, ocasionan inefable dolor» (p. 342). Sin embargo, indica que el cancionero herreriano, frente al de Petrarca, supone un proceso de desmaterialización y ensimismamiento que lo devora (p. 352). Así, la elegía III desenclava la pasión al tiempo que presagia el desengaño de la IV. Tras el naufragio, este siervo de amor lo purifica a sabiendas de que es precisamente esa luz la que inspira su más excelente manifestación poética. Ningún otro motivo dota de esa resonancia trascendente su quehacer como poeta. Ante los avatares que, tras la muerte de Herrera, sufrieron los cuadernos que constituirán *Versos*, en «La edición de Pacheco: «Cuadernos i borradores que escaparon d'el naufragio»» (pp. 401-420) se analiza la edición de 1619, permitiéndonos ampliar la apreciación de una poesía lírica que ahonda en un proceso de interiorización transido de vuelo y de condena. Ramajo señala cómo Herrera se constituye desde entonces en un referente del parnaso hispalense, no sólo con respecto a los modos castellanos, sino incluso a la deriva gongorina (pp. 402-403). En «La «elocutio» en la poesía herreriana» (pp. 420-449) se analiza detalladamente la poesía de Herrera que, «decantada en abundantes lecturas clásicas, se ofrece rica de recursos expresivos» (p. 432). En relación con la «Fortuna de la poesía de Fernando de Herrera» (pp. 449-469), Ramajo considera que el futuro no le fue del todo generoso, pues si en los siglos XVIII y XIX se le aproximaba al cul-

teranismo, relegándolo frente a Rioja, en el XX lo alicortan con respecto a Góngora. Ante este panorama, es a los investigadores de su obra a quienes les ha correspondido reivindicarlo con mayor firmeza y constancia. Aun así, no debemos olvidar que ese culto a la elegancia y la mesura de Herrera, que encaja con la «predilección al recato» que señalara Rafael Cansinos Assens (*Sevilla en la literatura*, Madrid, Rivadeneira, 1922, p. 12), ha ahormado el alma de la más culta tradición poética hispalense. En la quinta parte del estudio se expone la «*Historia del texto*» de *Algunas obras*, otros poemas y los poemas latinos (pp. 470-487), cerrando con las concreciones de la edición (pp. 487-493).

Respecto al aparato crítico (pp. 495-536), se incluyen testimonios, manuscritos y una nutrida sección de variantes. Las notas complementarias (pp. 537-776) permiten ampliar, con rigor y erudición, las entradas respecto a la página y las notas al pie de cada poema, seguidas de una bibliografía exhaustiva (pp. 777-907) que determina el estado de la cuestión. Con el índice de primeros versos (pp. 909-911), el de notas (pp. 913-938) y la tabla-sumario del libro (pp. 939-942), se cierra este monumento de erudición, rigor y belleza que rinde merecido homenaje a Fernando de Herrera, con el deseo de que, en un futuro no muy lejano, corra igual suerte y privilegio *Versos*.